

superior espiritualidad supera y vence las mismas, la miseria de todo orden, se empina sobre las crueldades y las amarguras cotidianas. Y, por esto, el esperanzado desenlace con las “últimas lágrimas de niño” no es un arbitrio del narrador, sino una consecuencia, una probabilidad cierta. ¡Qué difícil era escribir un libro tan noble con tan oscuros materiales! Uno recuerda inevitablemente a Charles-Louis Philippe de “La madre y el niño” y de “Bubú de Montparnasse”. Hay, sin duda, un parentesco espiritual entre estos autores que extraen belleza del dolor y dulzura viril de tanta sombra.

HERNAN POBLETE VARAS

De la Academia Chilena de la Lengua

<https://doi.org/10.29393/At447-30STHM10030>

## SECRETOS Y TRADICIONES MAPUCHES

De Mayo Calvo

Editorial Andrés Bello. 3ª edición 1983. 158 págs.

Mayo Calvo de Guzmán es la autora de estos “Secretos y tradiciones mapuches”, Editorial Andrés Bello, 1983. Años atrás, en 1968, publicó un libro análogo, “Leyendas de Calafquén”, que mereció elogiosos comentarios de don Eugenio Pereira Salas y de Alejandro Lipschutz. ¡No es poco, por cierto!

Estamos ante una suerte de reportaje periodístico-literario hecho con simpatía, con amor. La autora va de lugar en lugar visitando al cacique Huichulef, al cacique Antimilla, al cacique Calfucura. Entra a las rucas, se calienta en el fogón común, participa de las conversaciones familiares. Este ir y venir le permite escuchar lo que muchos no han oído ni oirán jamás: las centenarias tradiciones de un pueblo que vive antes del recuerdo que de la esperanza.

Y en un gesto que todos debemos agradecer, la autora relata lo que vio y lo que le dijeron, y narra —al parecer— con fidelidad. También con entusiasmo, cierta de que está preservando y universalizando leyendas valiosas que sin esta suerte de altoparlante quedarían en el silencio del grupo familiar donde se generaron.

La lengua está poblada de voces mapuches, que el lector entiende en su mayoría sin necesidad de acudir al Glosario de las páginas finales. Es increíble cómo muchos indigenismos son ya parte necesaria y caudalosa, conocida, de nuestro idioma. Es una prueba definitiva del mestizaje cultural que nos define. “Huinca, machi, maloquear, huacho, machitún” son palabras que salen a menudo al paso, y uno las lee quizás sin reparar en que son aborígenes.

La búsqueda de estos secretos y de estas leyendas se circunscribió a la región vecina del lago Calafquén. Lican Ray, Villarrica, Riñihue aparecen con frecuencia. ¡Qué hermoso sería que los turistas de estos lugares supieran más de su cultura de raíz precolombina, que se interesaran por los lugareños, que difundieran lo que no tiene por qué ser ignorado! En el libro de Mayo Calvo hallarían un apoyo de primera clase, que los entretendría y les daría conocimientos de importancia.

Llama la atención la religiosidad de los aborígenes. Se remiten constantemente a Dios, todo lo vinculan con la otra vida, creen con firmeza en la presencia en el mundo de lo sobrenatural. Sorprende, asimismo, el amor al paisaje en cuanto tal, no sólo a la productividad de la tierra. En general, una visión positiva en lo más radical de su existencia, a pesar de la precariedad material en que se desenvuelven. Y ello es ejemplar.

Libro interesante, algo deshilvanado en que se pudo distinguir mejor lo que se oyó del araucano y lo que la autora comenta o interpreta.

Vale la pena leerlo, porque —como afirma el profesor Lipschutz— “las leyendas y los cuentos populares representan notables valores culturales. Son, por cierto, mitología, pero por eso no menos historia, y también sabiduría popular o poesía. A través de leyendas y cuentos populares se nos brinda la muy grata ocasión de tomar contacto íntimo espiritual con el mundo anímico de un pueblo, de una tribu”.

HUGO MONTES

(“La Tercera”)

## EL MUNDO DEL ADOLESCENTE

De *Armando Roa*

Editorial Universitaria

En su último libro, *El mundo del adolescente* (Editorial Universitaria), Armando Roa abarca tal número de temas interesantes, y con tal variedad de enfoques y sugerencias, que es difícil hacerse cargo de ellos desde una perspectiva unitaria. Elijo, pues, un motivo recurrente de este vasto ensayo: la relación entre nuestra juventud actual y la cultura, o la escasa presencia del libro en el mundo adolescente de hoy. El autor profesa una fe viva en el papel formador de las lecturas, desde las más tempranas —los cuentos y leyendas en la aurora de la imaginación infantil— hasta las más maduras —la frecuentación de filósofos y poetas por parte del universitario—.

El panorama que divisa Armando Roa, como siquiatra y como hombre de letras, no es halagüeño. Piensa que muchos trastornos de la conducta juvenil proceden, en nuestros días, de la ausencia de ingredientes imaginarios en su formación: desprovisto de fantasía creadora, el mundo adolescente es desolado y aburrido, y sus ensoñaciones de corto vuelo giran en torno al sexo y al éxito material, o se pierden en la vacuidad, el apagamiento y la angustia. Entre las líneas de este diagnóstico diviso un elemento biográfico del autor que torna cálidas y apasionadas —y también discutibles— estas afirmaciones: me refiero a su nostalgia de la formación literaria de “los muchachos de entonces”; al recuerdo personal de una infancia enriquecida por la Caperucita Roja y la Lámpara de Aladino, por los entretelones del crimen de Bécker en la legación alemana de Santiago, por los episodios entre domésticos y legendarios de la revolución de 1891; y más tarde, a la memoria de una vida universitaria nutrida por las páginas de Bergson, Proust, Scheler o Rilke, discutidos en el Club de Debates de la Universidad Católica.